

## Clases sociales y estilos de vida: un comentario sobre *La distinción* de Bourdieu

Jorge Hernández Lara<sup>1</sup>

Cuando terminó el siglo veinte, la Asociación Internacional de Sociología (ISA, por su sigla en inglés), realizó una consulta entre los visitantes de su página web para establecer cuáles eran los diez libros de sociología más importantes del siglo. Uno de ellos resultó ser *La Distinción*, de P. Bourdieu, el sexto en el orden de preferencia de quienes respondieron la consulta. Al hablar de este libro nos estamos refiriendo pues a una de las obras más importantes de la sociología, según la opinión de los propios sociólogos. Si en su momento la consulta hubiera sido hecha en Francia o, luego de la muerte de Bourdieu, en cualquier otro lugar del mundo, seguramente esta obra habría quedado aún mejor clasificada, más cerca del primer lugar ocupado por *Economía y Sociedad* de M. Weber o del segundo, ocupado por *La Imaginación Sociológica* de Wright Mills.

*La Distinción*<sup>2</sup> tiene condiciones de sobra para ser considerada una gran obra de sociología, una de esas que ningún estudioso de las ciencias sociales debería quedarse sin conocer.

El problema que trata es a primera vista muy poco sociológico, el de las diferencias de gusto entre las personas: entre el buen gusto y el mal gusto, junto con todos los grados intermedios del goce estético, cosas que tanto el pensamiento de sentido común como cierto pensamiento ilustrado explican a partir de los dones innatos de las personas y la naturaleza de la humanidad. El pensamiento de sentido común simplemente elude las complejidades del problema insistiendo en que «sobre gustos no hay disgustos», porque supone que las preferencias dependen solo de cada quien. Cierta tradición filosófica y literaria, piensa que hay dos clases de gusto repartidas entre los humanos: uno sublime y otro vulgar, un gusto de la reflexión y otro gusto de los sentidos, uno amante de las formas artísticas y otro de los contenidos prácticos de la vida cotidiana, pero solo el primero corresponde a la esencia de la humanidad, de tal manera que hacer más humana la sociedad consiste en elevar el gusto de las personas hasta hacerlo «puro».

---

<sup>1</sup> Sociólogo, profesor del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigaciones sobre Acción Colectiva y Conflicto Social, en la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle (jotache@univalle.edu.co).

<sup>2</sup> P. Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Editorial Taurus, Madrid, 1988 [1ª edición en francés, *La Distinction*, Les Éditions de Minuit, 1979], Traducción de Mª del Carmen Ruiz de Elvira.

Bourdieu no considera satisfactorias ninguna de esas dos explicaciones, individualista y esencialista, y por eso busca otra: una explicación sociológica del gusto. Sigue así una tradición a la cual corresponden los estudios de É. Durkheim sobre el suicidio o N. Elias sobre los genios, fenómenos característicamente individuales para los cuales en principio se ha tratado de encontrar respuesta en los rasgos de la humanidad, mas allá de la sociedad, y sin embargo solo pueden ser comprendidos si se admite su naturaleza social.

*La Distinción* está compuesta por tres grandes partes y una «Conclusión», a las que se añaden un «Postscriptum» y unos anexos metodológicos.

La primera parte está dedicada a establecer, con base en la presentación y el análisis de información proveniente de encuestas sobre consumo cultural en Francia, aplicadas durante los años sesenta y setenta del siglo veinte, dos cosas principalmente: por un lado, la estrecha relación existente entre las prácticas culturales que las distintas categorías ocupacionales realizan y su capital escolar, en primera instancia, y su origen social, en segunda instancia; por otro lado, el mayor peso que va obteniendo el origen social en la explicación de las prácticas culturales, cuando el capital escolar es equivalente, a medida que el análisis pasa de los campos más legítimos de consumo a los menos legítimos, de la pintura y la música a los muebles y los alimentos, por ejemplo.

Queda demostrado que hay tres universos de gusto que se corresponden muy de cerca con diferencias en niveles escolares y pertenencia de clase social: el gusto legítimo, el gusto medio y el gusto popular. El primero se inclina por obras muy elaboradas, música brillante, pinturas clásicas, cierto cine y sus equivalentes en otros campos. El segundo se concentra en las obras menores de las artes mayores y las obras más importantes de las artes menores. El tercero es el gusto por la música más divulgada y, en general, por las obras de más fácil comprensión. Los tres universos de gusto están, a su vez, atravesados por la distinción entre fracciones más educadas y menos educadas, intelectuales y gente dedicada a los negocios.

Hay en esta primera parte riquísimas descripciones sobre el papel de las grandes escuelas como «cuarteles de nobleza cultural», las características de la estética popular, las pretensiones del esteticismo, la disposición estética de la pequeña burguesía y otros aspectos, para analizar los cuales Bourdieu pone en funcionamiento algunas de las nociones que son características de su obra: campo, capital y *hábitus*, principalmente.

La segunda parte se concentra en torno a las características del espacio social y el espacio simbólico en Francia a comienzos de la segunda mitad del siglo anterior o, dicho de otra manera: las relaciones entre posiciones sociales, disposiciones de *hábitus* y tomas de posición, según lo que podía deducirse a partir de la información disponible sobre las fracciones de clase existentes entonces en ese país.

Aparece aquí el espacio social conformado por sus tres dimensiones principales: el volumen de capital, la estructura de capital –entre económico y cultural–, y la trayectoria de volumen y estructura en el tiempo. Situadas en dicho espacio, las

fracciones de clase y sus estrategias de reconversión: enclasmamiento, desenclasmamiento y reenclasmamiento. Sobre el espacio de posiciones sociales, el espacio de estilos de vida y sus homologías. Las diferencias entre consumos distinguidos, consumos vulgares y consumos pretenciosos. Las distinciones entre gustos de libertad y gustos de necesidad. La dinámica de los campos generada a partir de las diferenciaciones de sexo y edad, entre otras.

En medio de todo, un diagnóstico sobre lo que estaba ocurriendo en la sociedad francesa: expansión educativa e inflación de títulos académicos, como producto de la presión que ejercían fracciones de clase interesadas en acumular capital cultural; credenciales que una vez obtenidas en masa se devaluaban rápidamente en el mercado laboral, dejando de nuevo desprotegidas aquellas fracciones con menor capacidad de defenderse dada su escasez de capital social, normalmente asociado con el origen de clase; redefinición, entonces, de antiguos oficios y aparición de nuevas profesiones centradas en las relaciones públicas y la promoción de nuevos estilos de vida, para que los desplazados pudieran sacar partido del capital cultural adquirido fuera de la escuela; y más cosas, difíciles de resumir sin correr el riesgo de simplificar, que entonces es mejor leer directamente.

La tercera parte, la más larga de las tres, muestra detalladamente los distintos estilos de vida que hay en el espacio social francés de la época y lo reproducen, pasando revista, uno por uno, a varios campos: la decoración de la vivienda, la comida, las diversiones, el vestido, la música, los códigos de conducta, las actitudes políticas, etcétera. Se nota aquí el empeño por contrarrestar una opinión muy generalizada hace medio siglo, que aún persiste, según la cual el crecimiento de las clases medias produce una cultura de masas homogénea en las principales sociedades del capitalismo tardío: Bourdieu se esmera por demostrar que, aún con el crecimiento de las capas medias y la generalización de la esfera del consumo, las diferencias de clase se mantienen, se reproducen e, inclusive, se acentúan.

Es muy sugestiva la manera en que aquí se detallan las características distintivas de las diferentes fracciones de clase: de las clases dominantes se destaca el hecho de que se encuentran internamente diferenciadas entre patronos y hombres de negocios, por un lado, y profesores e intelectuales, por otro lado, siendo estos últimos la capa dominada de la clase dominante; de las clases medias se dice que viven preocupadas por adecuarse a las formas de la cultura legítima y desarrollan por eso un estilo de vida centrado en el ascetismo, el formalismo y la corrección, por lo cual incurrir fácilmente en la alodoxia, que consiste en estimar como legítimo aquello que está dejando de serlo; de las clases populares se afirma que hacen de la necesidad una virtud, para desarrollar formas de vida que exaltan la fuerza, la virilidad y el hedonismo, entre otras características.

La conclusión general es que en el espacio social construido por el investigador se observan diferencias objetivas de posición que se traducen en diferencias de disposición y estas, a su vez, se expresan como esfuerzos por hacer valer sistemas de clasificación propios, lo cual cuando tiene éxito da lugar a la aparición de clases

sociales e identidades colectivas y acciones políticas efectivamente existentes. Ni el objetivismo ni el subjetivismo tienen la razón cuando se imaginan que las clases sociales se definen por el lugar que las personas ocupan en la producción, en el primer caso, o por la comunidad imaginada que se forma a base de insistir en la pertenencia común, en el segundo caso.

El postscriptum se ocupa directamente de la crítica a la teoría estética de origen kantiano y todo otro «discurso cultivado sobre la cultura» que parta de la oposición entre el «gusto puro» y el «gusto vulgar». Los anexos metodológicos aportan información sobre las fuentes utilizadas y los procedimientos seguidos para procesar la enorme cantidad de información que sirvió de base al estudio sobre la distinción.

Hay que añadir, por otra parte, que esta no es una obra de teoría en el sentido convencional, es decir: no contiene una discusión teórica sobre teoría en sí misma, aunque está repleta de intenciones teóricas y hace avanzar en varias direcciones lo que otros llamarían «teorías intermedias»; destaca especialmente el desarrollo innovador de la noción de clase social. Se trata más bien de un «informe de investigación», rico en información y análisis sobre un problema bien delimitado, tal como él se presentaba en un tiempo y un espacio determinados. Inclusive la forma de presentar los resultados de la investigación es peculiar: sin introducciones ni preámbulos, el 90% de la obra está dedicada a presentar resultados de investigación y solo al final aparecen tanto una breve discusión teórica pura como reflexiones sobre la metodología, en el postscriptum y los anexos. Muy poco escolar, escolástico o convencional es este modo de hacer sociología. Hay detalles como la combinación de textos, fotografías, diagramas, testimonios, tipos de letra y otros recursos técnicos de exposición, que hacen de este libro un objeto atractivo para el gusto de los bibliófilos, compatible con su *hábitus*, para decirlo con palabras del propio Bourdieu.

Se ha insistido en que se trata de un estudio concreto sobre una realidad específica; ahora bien, conviene señalar que esa característica no constituye una limitación, ni lo convierte en un estudio de caso incomparable o exótico. El propio Bourdieu explicó, en una presentación de la versión japonesa de *La Distinción*, que toda su empresa científica estaba inspirada en la convicción de que la lógica más profunda del mundo social solo puede captarse mediante el estudio de situaciones particulares, siempre y cuando se construyan como «caso particular de lo posible», es decir como configuraciones singulares que cristalizan en un determinado momento pero permiten comparaciones con otras configuraciones anteriores o posteriores de la misma sociedad o de otras sociedades. Esa es la fortaleza de esta obra: siendo un estudio sobre la sociedad francesa poco después de mediados del siglo veinte, contiene un esquema de análisis útil para estudiar otras sociedades en otros momentos y, por lo tanto, favorece la sociología comparativa.

Si, por ejemplo, se lee esta obra después de conocer *Las clases medias en Norteamérica* (1951) y *La elite del poder* (1956), los estudios de Wright Mills

sobre las clases sociales en Estados Unidos de América poco antes de mediados del siglo veinte, investigaciones también concretas e inspiradas en un riguroso esquema de análisis, aunque obviamente distinto del de Bourdieu, se podría aprender mucho haciendo comparaciones.

En ambos casos se trata de sociedades que estaban viviendo procesos de expansión y crecimiento, formación de nuevas clases, aparición de oficios y profesiones que antes no existían, inflación de títulos académicos, traslaciones de estructura en amplias porciones del espacio social; pero, al fin y al cabo, sociedades distintas: con maneras diferentes de ponderar las diversas formas del capital y, sobre todo, principios de distinción no coincidentes en campos claves, tales como la cocina, el deporte o la política, entre otros.

Ambos autores tienen perspectivas que ponen el énfasis en la necesidad de realizar estudios concretos y ellos mismos produjeron informes de investigación muy ricos en datos y análisis que, en su momento, transformaron el campo de conocimiento sobre las clases sociales; pero, igualmente, poseían formación distinta, trabajaban en medio de comunidades académicas diferentes, siguieron trayectorias apenas parecidas, todo lo cual se nota en sus respectivas obras, asunto del cual ambos fueron concientes aunque tal vez en diferente grado.

Si, por otra parte, uno ha leído *La Distinción* (1979) y conoce después *La miseria del mundo* (1993), otra obra del propio Bourdieu en la cual se presenta la situación que vivió la sociedad francesa en un momento posterior: el decenio de los años ochenta del siglo veinte, una época de crisis y recomposición de las relaciones que se habían establecido durante el medio siglo anterior, se puede también aprender mucho, esta vez del curso de la misma sociedad francesa, haciendo comparaciones, a pesar de la enorme diferencia que hay entre las dos obras, especialmente por la forma en que están presentados los resultados de la investigación en el segundo caso.

Finalmente, si uno piensa en las ventajas que tendría *La Distinción* como punto de referencia para realizar un estudio sobre América Latina o, en particular, Colombia, encontrará que son muchas.

Una ventaja es contar con nociones comprobadamente útiles y pertinentes para el análisis de las sociedades occidentales contemporáneas, tales como *espacio social*, *capital* en sus diversas formas, *campo*, *clase social* y *hábitus*, entre las que están más presentes en esta obra de Bourdieu. En América Latina aún está pendiente la necesidad de superar la noción objetivista de clase social que implantó aquí el marxismo predominante durante el siglo veinte. También está por asimilarse debidamente la circunstancia de que, en cierto sentido, vivimos ya en medio de una sociedad del conocimiento, con todo lo ello implica acerca del peso que ha cobrado el capital cultural y las estrategias que se utilizan para su conversión en capital económico o social. Igual cosa puede decirse de la conveniencia de apelar a la noción de campo para analizar los universos artísticos, literarios o periodísticos y las disputas ideológicas en esta parte del mundo.

Disponer del variado repertorio de técnicas de investigación y metodologías que utiliza Bourdieu en su obra es otra ventaja: no hay barreras infranqueables entre procedimientos cuantitativos y cualitativos; es más, todos son cualitativos, pues siempre se refieren a las cualidades o atributos de las cosas, solo que unos permiten expresar esas cualidades en números mientras otros lo hacen en letras. Tanto en cuestiones metodológicas como teóricas hay que superar las falsas oposiciones que dan lugar a discusiones escolásticas.

Los países latinoamericanos han experimentado durante los últimos decenios grandes transformaciones que han alterado las relaciones entre sus clases sociales, reconfigurado el espacio simbólico y provocado la emergencia de nuevas identidades sociales. Todo esto puede comprenderse mejor si los nuevos estudios se inspiran en la perspectiva de Bourdieu.

En Colombia por ejemplo, el narcotráfico, para hablar solamente de uno de los asuntos de mayor envergadura, ha producido enormes transformaciones durante más de un cuarto de siglo continuo. Sin embargo aún no se ha realizado una investigación consistente sobre las repercusiones de ese fenómeno en la configuración del espacio social: las clases y las fracciones de clase, así como sus homologías en el espacio simbólico: las prácticas de consumo y goce estético. Ahí no más hay un gran problema sin cuya comprensión no podrá entenderse cabalmente lo que ha sucedido en nuestra sociedad desde finales del siglo pasado y aún continúa sucediendo hoy. *La Distinción* de Bourdieu puede ayudarnos.